

el que había rendido Quiroga, era de presumirse que no tardaría en caer en nuestro poder.

Los momentos eran preciosos y debían aprovecharse para hacer el último esfuerzo á fin de acabarnos de apoderar de la plaza, no dejando escapar aquellos buenos elementos. Si esto no sucedía, el enemigo podía escaparse por la parte de la ciudad hácia el Norte, que se encontraba enteramente descubierta, dejándonos escombros y ruinas como premio de la victoria.

En esta virtud monté á caballo y fui en comision á hablar con el general en jefe respecto de este asunto.

—Me envían á vd. le dije, para conseguir la orden de dar el asalto general.

—El asalto general, me contestó, no puede darse, porque no ha llegado el parque que hemos encargado á Monterey. En este momento acabamos de mandar otro correo y estoy seguro de que dentro de tres ó cuatro días nos llegará el parque suficiente para un asalto.

—Los jefes que están en la línea dicen que este es el momento, ó se pierden todos los sacrificios que se han hecho.

—Por qué?

—Porque no teniendo parque para continuar un combate que está ya comenzado y comprometido, los sitiados harán una de dos cosas: ó rompen el sitio y nos derrotan acá abajo, desentendiéndose de los fuertes, ó esta noche evacúan la ciudad dejándonos un monton de ruinas.

—Pues ¿y con qué parque damos el asalto? Diga vd. á Pedro esto mismo y no podrá menos de convenir.

Regresé á la línea al galope llevando aquella terrible nuevá, que siempre fué vieja en todo el tiempo que duró aquel sitio: la de que no habia parque.

Los jefes que aguardaban el resultado de mi comision en torno del general Martinez, que era quien dirigia las operaciones del sitio, no pudieron menos que lanzar una exclamacion de sorpresa.

La situacion no podia ser en efecto mas comprometida. El combate seguia muy vivo en los fuertes, pues Quiroga no solo habia conservado sus posiciones, sino que trataba de estenderlas apoderándose á la vez de la línea, que estaba debajo del cerro en las primeras calles de la ciudad, bien defendida por las asperezas, aunque perfectamente dominada por los fuertes que aquel tenia en su poder: por lo mismo, de un momento á otro debiamos esperar que el enemigo hiciera un impulso violento sobre nosotros ya fuera para recobrar sus posiciones, ya fuera para abrirse paso derrotando, como era muy fácil, nuestro flanco derecho y hasta envolviendo al Cuartel General con sus pocas reservas. Si los sitiados llegaban á emprender cualquiera de esos dos medios que tenian para hacer una defensa oportuna, estábamos perdidos. Nuestra artillería guardaba silencio por falta de tiros de cañon y solo uno que otro disparo salia de nuestras troneras hecho por las armas de fuego pequeñas: lo que se economizaba mas era el parque metálico

que no podia reemplazarse con ningun otro. De este quedaba alguno en las reservas para cualquier evento inesperado. Los cartuchos de papel casi estaban al terminarse, habiendo soldado á quien no quedaba un solo cartucho, otros tenian dos y los mas ricos de cinco á siete.

En cualquier escaramuza, por insignificante que fuera, tenian que ser quemados los pocos cartuchos que quedaban.

Sobraba el ánimo á nuestra gente, todos estábamos llenos de entusiasmo, pero careciamos de medios para coronar nuestra victoria con el éxito mas brillante.

Quando yo dije:

—El general en jefe dispone que se suspenda el ataque por falta absoluta de parque.

Todos sintieron como el golpe de un rayo.

No habian trascurrido doce segundos, quando Martinez alzó la cabeza y exclamó:

—Vamos á seguir nosotros el combate como podamos, no es conveniente dejar solo á Quiroga. Que vengan las reservas; y nosotros á nuestros puntos.

Nuestros puntos se encontraban allí mismo á unas cincuenta pulgadas del enemigo, se puede decir, el cual estaba ya únicamente reducido á la plaza principal y al Palacio.

—¿Qué hay? le pregunté á un centinela.

—Hace ratito que no se oye nada.

—¿Se habrá retirado el enemigo ó estará preparándose para hacer una salida?

—Tampoco se vé nada.

Solo esperábamos á que la reserva hiciera su movimiento en obediencia de la orden mandada por el jefe de las operaciones, para hacer una manifestacion cualquiera sobre la plaza, con objeto de aprovechar el estado de entusiasmo que guardaban nuestras tropas y el de abatimiento que habia penetrado en las filas enemigas, cuando repentinamente oímos el toque de un corneta en la plaza.

—Tocan parlamento, dijeron varios de los nuestros.

—Han puesto en el fortin una bandera blanca, dijo otro que habia sacado la cabeza por una puerta con curiosidad de ver algo de lo que pasaba en la calle.

En esos momentos tambien se dejó ver el general Treviño seguido de todo su Estado Mayor.

Indudablemente los de la plaza nos observaban, vieron que se hacia un movimiento y creyeron que se iba á dar el asalto.

Entónces prefirieron capitular.

El toque de parlamento era efectivo.

El general en jefe dispuso que se contestara.

Inmediatamente cesaron los fuegos en toda la linea y se mandó un ayudante á Quiroga previniéndole suspendiera el ataque.

Ya he dicho que el general Quiroga despues de tomado el primer fuerte, habia ocupado el segundo casi de tanta importancia como aquel, muy bien artillado, dominando todo el flanco derecho del enemigo y con obras de resistencia dirigidas en el espacio de dos meses por el famoso ingeniero italiano general Guiccioni.

Tras el toque de parlamento, repetido tres veces en

toda la línea, salieron de la plaza los parlamentarios.

El Dr. Fernandez, secretario de Treviño y yo, fuimos los comisionados para recibirlos.

A pocos momentos se presentó allí el general en jefe y él mismo impuso las condiciones de la capitulacion.

No fastidiaré al lector refiriéndole todas las conferencias que hubo con este motivo, ni las veces en que los comisionados de la plaza salieron, ni las veces en que nosotros entramos para convencer al general Carrillo que era el jefe de la guarnicion, de lo benévolo que nos mostrábamos con los prisioneros, concediéndoles no solo el derecho de seguir viviendo, sino el de conservar cada uno su respectiva espada.

Por fin, á las dos horas poco mas ó ménos, quedó firmada la capitulacion.

Ya era tiempo, porque el general Victoriano Zepeda que era á la vez segundo en jefe y gobernador del Estado, se habia salido ya llevándose de dos á trescientos hombres de caballería y á buen número de oficiales de los que no querian pasar por la humillacion de rendirse.

Las condiciones de la capitulacion que se celebró pueden quedar así reasumidas: 1.º Entrega de la plaza con todos sus elementos de guerra 2.º Entrega de toda la guarnicion como prisionera. 3.º Los jefes principales conservarian no solo su vida y su derecho de llevar consigo armas propias, sino que quedaban desde luego en completa libertad, dando solo su palabra

de honor de no servir al gobierno de Juarez mientras estuviera en pié la revolución.

Habia en el documento algunas otras cláusulas secundarias de muy poca importancia, refiriéndose á la forma en que iba á hacerse efectiva aquella capitulación.

Como consecuencia de ella el enemigo desocupó toda la línea establecida á nuestro frente y se formó en la plaza principal descansando sobre las armas.

Al entrar los nuestros victorearon á Treviño y á Pedro Martínez. Este último como siempre fué el encargado de conservar el orden y hacer la refundición de los prisioneros.

Mas de mil hombres y mayor número de armas de las muy buenas que habia mandado el gobierno para que se nos combatiera, pasaron á nuestro poder.

Los almacenes estaban henchidos de vestuario y de parque de todas clases para cañon, para pistola, para rifle y para fusil.

El enemigo tenia á muchos de nuestros correligionarios presos en la casa de gobierno, entre los cuales se hallaba el general Pedro Hinojosa que fué aprehendido cuando nos andaba buscando cerca de allí con objeto de incorporársenos: todos salieron desde luego en libertad siendo recibidos por nosotros con los brazos abiertos.

A Quiroga con pretexto de que su tropa no estaba aun bien disciplinada, se le previno que permaneciera en los suburbios de la ciudad. Todo el mundo decia en voz alta, como una cosa muy natural, que aquel

triunfo se debia principalmente á la oportuna llegada de Quiroga y á su audaz y bizarro ataque contra los fuertes, lo mismo que al general Martínez cuya tenaz actividad y cuyo valor indomable fueron puestos á prueba en aquellos dias: pero esto no agradaba naturalmente á otros jefes que estaban acostumbrados á que les dieran el primer lugar en los Estados fronterizos. Tambien Quiroga y Martínez eran de la frontera, pero no ocupaban tal vez igual categoría, ni tenian la aceptacion que aquellos otros tenian.

Todas estas pequeñeces iban acumulando montañas de dificultades.

Los primeros, que sabian ser intransigentes con esa clase de glorias que se levantaban á su lado, no pensaban ya mas que en ofuscarlas, aunque la causa general quedase perdida.

El amor propio se sobrepone muchas veces á la pasion política y al mismo patriotismo.

¡Cuántas veces ha habido traidores á la patria y á la causa de la libertad, solo por satisfacer un deseo personal ó dar cumplimiento á una esperanza burlada!

El amor propio por eso es considerado por los filósofos como uno de los peores consejeros.

Quiroga se quedó en los suburbios, pero no tardó en hacernos llegar sus quejas: ¿por qué se le despreciaba así? ¿por qué se trataba de humillarle? ¿acaso no habia cumplido lealmente con su deber? ¿acaso no habia dado obediencia á cuantas órdenes se le habian comunicado por el Cuartel General, procurando aun escederse para quedar mejor?

Yo fui el encargado por Martinez para ir á convencerle.

—No, me contestó, estoy resuelto á separarme del lado de jefes que no me tragan: si me bato bien se encelan de mí, si me contengo para darles gusto, me espongo á que me manden procesar por cobarde. No podemos seguir juntos. Estos me matarán si no los mato á ellos.

Ya tenia el general Quiroga el presentimiento de su muerte.

CAPITULO. XVIII.

ORGANIZACION.

El sitio de la ciudad del Saltillo y la ocupacion de la plaza despues de haberse rendido por capitulacion los dos mil hombres que la defendian, con cuyos hechos hicimos nosotros gran alharaca en nuestros boletines, vino á dar un prestigio inmenso á la revolucion, estremeciéndose todo el país de gusto al recibir aquella noticia.

Una particularidad debe llamarles la atencion á los lectores que no recuerden las especies ó que no conozcan los acontecimientos y es, que habiendo durado el sitio como unos dos meses y habiéndose preparado el gobierno general con tantas tropas de que tenia inundados á S. Luis y Guanajuato, no hubieran acudido, segun lo habia ofrecido en auxilio de los defensores de la plaza y es lo que me propongo explicar en unas cuantas líneas.